

Caso E. El duelo de la analista por una paciente muerta.

Rita Adriana PEREZ ALARCON

Este trabajo intenta mostrar, a través de un caso clínico, ciertos elementos contratransferenciales, que afloraron en la analista durante el análisis, y a su vez el posterior duelo por la muerte de la paciente, que la llevó a enfrentarse con su propio dolor psíquico y con ciertos sentimientos de culpa, exacerbados por un superyó estricto y le hicieron cuestionar los errores u omisiones ocurridos durante el tratamiento.

Para ello presentaré a la paciente y desarrollaré algunas vicisitudes del proceso analítico.

E. se presenta en la primera sesión como una mujer de mirada dulce y perdida. Después de un largo matrimonio, con enormes matices de tristeza, manifiesta dificultades para articular sus pensamientos. “Mi cabeza va mucho más rápido que mis palabras, mis pensamientos van muy rápido y me cuesta ponerlos en palabras, es como si hubiese un tiempo de espera entre lo que pienso y lo que pueden decir mis palabras.”

E. es dueña, junto con su marido, de una empresa de logística, se siente totalmente dejada de lado, no respetada, no considerada.

Ante cualquier decisión que ella toma, su marido la desautoriza frente al personal: “no le hagan caso, aquí mando yo”.

También confiesa sus miedos: se encierra en su cuarto cuando escucha llegar a su marido, toma whisky y se anestesia frente a esta vida de la cual siente que no puede salir.

El enorme galpón del departamento de logística podría compararse con su cabeza. Así como en el depósito hay un continuo movimiento, entran y salen cajas, camiones, todo está en continuo movimiento, también su mente es una continua fuga de pensamientos que no pueden ser articulados, ni ordenados sincronizadamente en palabras.

Contratransferencialmente E. me recuerda a mi madre, que ha fallecido hace mucho tiempo.

Los ojos verdes de Emily (Y así comienzo a pensarla, en inglés) me recuerdan a los de mi madre. También su inocencia y su dulzura, su capacidad, un tanto naive de vivenciar la vida.

Aparecen así dos fuertes elementos: no solamente E. me recuerda a mi madre y con ello posibles vivencias infantiles, sino también que nombrándola en inglés, remite a mis veinte años vividos en Estados Unidos

Conocí a Emily porque su hijo, paciente mío, pidió una sesión con sus padres, después de haber confesado a su familia su homosexualidad. Tiempo después, Emily solicitó una hora y a partir de ese momento comenzó su análisis conmigo.

Su historia:

E. pertenece a una familia de italianos inmigrantes, padres muy estrictos, que prácticamente no la dejaban salir “Creo que uno de los motivos por los cuales me casé, fue salir de la casa de mis padres.”, dice en una sesión.

A pesar de un clima tan riguroso todos los hijos terminan carreras universitarias, mujeres y varones se reciben de médicos y abogados. Emily expresa su deseo de abandonar este matrimonio tan sofocante, pero a su vez el temor a una nueva vida.

Emilia se siente sometida, su divorcio promete un camino a la libertad. A medida que transcurre su análisis va aflorando cada vez más Emily, la que clama libertad y desdibujándose la “Emilia” tan temerosa.

Se intercalan los dos aspectos: el de mujer aplastada que espanta (Emilia) y la otra que florece, que tiene que ver con EE.UU. (Emily.), que para mí también es un sinónimo de libertad.

Este florecimiento (Eros) de Emily entrelazado con la muerte (Tánatos), produce luego una desmezcla, fuerza pulsional que conlleva a su muerte.

Se manifiesta lo sepultado, y me cuestiono si los carceleros (los padres de su infancia, su marido) no serán la mortífera elección del mal menor, como si desprenderse de ellos descubriera en toda su fuerza amenazante al super yo con su pulsión tanática y su castigo despiadado.

¿Qué ocurre con esta paciente frente a la amenaza de su propia muerte?: la desmentida, reacción maníaca como defensa para no tomar conciencia de la gravedad de su enfermedad.

Sin embargo la muerte acecha como castigo superyoico por acceder a lo prohibido (la libertad) o como liberación de fuerzas tanáticas que ganan su batalla frente a Eros. Emilia, sometida y aletargada, es la construcción defensiva para mantener dormida a Emily, quién no pudo procesar todo lo que hasta ese momento estaba quieto, se despertó como cáncer, como manifestación en el soma.

Esta Emily relacionada con la libertad va caminando hacia nuevos escenarios en su vida.

Progresivamente su mente comienza a despegarse y sus pensamientos se desentumecen y sus palabras se articulan en un discurso verbal coherente,

Y así puede expresar su deseo de dejar el sometimiento y lograr cierta autonomía. El camino no es fácil: hay pasos adelante y marcha atrás, pero un día explicita su deseo en palabras: “me quiero separar”. Y así comienzan los movimientos para orquestar ese deseo.

Emily se muda a un antiguo departamento que en una época usó como su estudio. Hay un detalle fundamental: en el piso de abajo del mismo edificio vive su madre, cuasi paralítica, cuasi ciega, con cuidadores permanentes.

Con el tiempo esta madre se empieza a deteriorar más aún , ve menos, escucha menos , entiende menos y Emilia se pierde en la ilusión que su madre le entiende todo y asiente con sus “ojitos” que no ven.

Una fantasía que duró bastante tiempo fue conocer a un vecino que paseaba el perro en su barrio, cuando ella también paseaba el suyo.

Comenzó a salir a las mismas horas que este hombre. Eventualmente empezaron a salir y a tener una relación .E. quería reducir su panza, se ocupó del cuidado de su pelo, se compró ropa nueva...

No se veían muy a menudo: los sábados, llamadas por teléfono casi todos los días. Yo tenía la impresión que no era suficiente para E.

Sin embargo ella justificaba los escasos encuentros: él era viudo, tenía que cocinar para sus hijos. En el verano estaban en playas cercanas, pero él la visitó sólo un fin de semana.

De cualquier manera esta relación contribuyó al florecimiento de Emily. Pero ¿Qué pasó?, ¿cómo empezó la decadencia? ¿Por qué la enfermedad?

Antes de entrar en esta etapa todavía quedan muchas cosas por explorar de la vida de Emilia: su divorcio, su nueva casa, sus viajes, la relación con su hijo, la partida de sus hijos del hogar, el reclamo por sus bienes y pertenencias.

Emily comienza a dar los primeros pasos hacia una separación. Cuando pienso en su divorcio, en su nuevo departamento que tantos deseos tenía de remodelar, un jacuzzi con forma de corazón aparece como el símbolo de un nuevo despertar a la sensualidad y el deseo de sentirse mujer de nuevo, o tal vez por primera vez.

Hay una figura que la acompaña en casi todos sus movimientos: su hijo. Él es el intermediario en las interminables discusiones sobre la separación de bienes, el que la acompaña a comprar las cosas para su nueva casa, el que compra el nuevo auto deportivo para ella, pero finalmente lleva al garage de su flamante edificio “porque había más lugar y era más seguro”, o porque realmente era él el que quería usarlo...

Se plantean múltiples propuestas y acuerdos de divorcio y casi todos son rechazados, su hijo actúa como mediador en todos ellos.

El lugar del amor (su marido) ha quedado vacío, aunque sólo en la práctica.

Su hijo ocupa ahora el lugar del padre, aunque se manifiesta como un padre bondadoso, que protege y aconseja, pero que se siente, de alguna manera, dueño de los bienes que le pertenecen a Emily. Este es el padre necesitado para todo: él decide, permite, acompaña y aconseja.

Hay momentos en los que Emily se siente traicionada, aunque no lo dice, ya que su hijo habla con el padre acerca de la manera de solucionar esta separación de la mejor manera posible, dejándola de lado en estas conversaciones.

Llega finalmente el momento del “arreglo” y la separación de bienes: Emily se queda a cargo de la empresa y su marido del hotel que poseen en la costa. Parecería que Emily habría logrado uno de los deseos más importantes de su vida: ser libre e independiente, su hijo está a su lado para ayudarla...

De a poco M, licenciado en administración de empresas, joven, brillante y ambicioso, comienza a hacerse cargo, y pronto está al mando de la empresa. Emily nuevamente corrida a un rincón. Apropiarse del poder duró muy poco, lo que antes le negaba el marido, ahora es entregado voluntariamente al hijo en una especie de inmolación para ser querida.

Hay momentos en que Emily se siente sola. Comprarle un barco a M, un piso en Puerto Madero, regalarle su auto y entregar el mando de la empresa, parecen no ser suficientes para conseguir lo que en realidad más quiere en la vida: el amor y la presencia de su hijo.

Y así vuelve a sentirse sola otra vez. Cuando en domingos soleados M. invita al barco a sus amigos y a ella no, expresa su tristeza de manera sutil, presentando una enorme dificultad para manifestar su enojo y su frustración.

Pares antagónicos:

Al tratar de recomponer la historia de Emilia, su imagen se va desdibujando. Como una gestalt, donde la figura principal va cambiando alternativamente también los pares antagónicos de su mundo psíquico se manifestaron en muchas sesiones y destacaron por largo tiempo a una Emily feliz y a otra angustiada. Por momentos podía abandonar esa posición masoquista dependiente y entrar en contacto con sus deseos.

Sin embargo, finalmente, la desmezcla de pulsiones resultó en el trágico desenlace que la llevó a la muerte.

Su casa:

Al definir su nueva casa aparecen dos pares antagónicos. Por un lado la casa blanca, llena de luz, el jacuzzi de corazones, el entusiasmo por armar este nuevo hogar, la ilusión de ser libre, tomar baños de inmersión y escuchar música. Y a su vez la madre, semi muerta que vive en el piso de bajo, a quién visita todas las noches, sin reconocer que no ve ni escucha.

Su auto nuevo:

Modelo deportivo, símbolo de una cierta recuperación del poder añorado, símbolo fálico nunca tenido, que su hijo arrebató y se lo lleva a su propio garage “porque es más seguro”, y donde Emilia debe retirarlo para pasear. De nuevo lo que es propio aparece como algo prestado, es lo que ella no puede poseer completamente.

El novio:

Es viudo, la trata bien, la hace sentir mujer de nuevo. Pero vive en la casa de su mujer muerta, haciéndose cargo de sus hijos, grandes ya, a quienes les cocina, los atiende, restándole así tiempo a Emily, a quién sólo ve algún día del fin de semana.

Su empresa:

Finalmente se siente dueña, va a trabajar contenta, con ganas, no está más la presencia de su marido que la invalida frente a todo el mundo. Pero esta posesión del poder dura poco, su hijo toma rápidamente el lugar del padre ausente, y comienza a estar al mando de empresa.

La compulsión a la repetición de una situación análoga a la vivida con su marido, en la figura de su hijo la ubicaron, sin que posiblemente ninguna de las dos lo hiciera conciente en el mismo lugar del que había querido salir: un lugar de postergación de su deseo de independencia y de poder, que fue entregado largo tiempo atrás a su marido y

que luego fue cedido a su hijo como acto de amor, pero también como imposibilidad de dejar ese lugar masoquista de sometimiento al otro.

El deseo de E. de abandonar esta posición pasiva y el mío propio de que así fuera, posiblemente me hicieron olvidar que la necesidad masoquista inconciente de castigo (al cuasi lograr el despliegue de pulsiones eróticas), podrían llevarla al triunfo del instinto de muerte, como ocurrió en la realidad.

Sin embargo su muerte me trajo sentimientos mezclados, hacer el duelo por la muerte de esta paciente fue dificultoso, los sentimientos de una cierta culpa afloraron, la pregunta que venía frecuentemente a mi mente era ¿Qué habré hecho mal?

Esto me ha llevado a cuestionarme cuán positivo había sido para su tratamiento ayudarla a remover sus resistencias o enfrentar los mecanismos de negación (denial) relacionados con la estrechez y opacidad de su vida y romper los lazos que la mantenían atada a esta vida opaca y depresiva.

Ella parecía haber logrado muchas de las cosas deseadas: su casa, un nuevo romance, un cambio positivo de su apariencia, el sentirse una mujer deseada..., pero lo más importante: ella decía que era feliz.

Y después vino el desenlace, una mano que empezó a temblar levemente en una sesión, una internación casi inmediata y una enfermedad misteriosa que no podía ser diagnosticada.

Y después el sanatorio, la internación en una clínica, el respirador, las piernas hinchadas, la fiebre, la falta de diagnóstico, la muerte...

Y así como E. quería vivir de nuevo y ser feliz y Tánatos se apoderó de ella, así también una sensación de impotencia, culpa y sorpresa acompañó muchos de mis momentos por largo tiempo.

El ¿qué hice mal? se transformó en ¿qué pasó?, y aunque sabía que Tánatos y Eros se desligaron me pregunté porqué.

Tal vez podríamos recordar los postulados de Freud en “Los que fracasan al triunfar” o los neuróticos que necesitan que algo “malo” acompañe sus vidas como talismán protector frente a un desastre peor (¿la muerte?) o tal vez pensar en la fuerza del Destino. El duelo de un analista cuando muere un paciente en estas circunstancias y cuando a nivel manifiesto el análisis del paciente parece ser exitoso, es para el analista un dolor psíquico difícil de descifrar y que lo acompaña, como todo tiempo de duelo, en su vida profesional y privada.

La paciente abandonó, durante el transcurso de su análisis, una posición masoquista que la mantenía sometida a su matrimonio, para someterse posteriormente, aunque de una manera más atenuada al deseo del hijo.

Sin embargo, su necesidad de castigo (por su deseo de ser libre y abandonar esta posición de sometimiento) prevaleció sobre estos deseos y el superyó cayó con todas sus fuerzas, llevándola a la muerte.

Esta es, por supuesto, una teorización de los motivos que llevaron a E. al desenlace final, una cierta manera de usar la racionalización como mecanismo defensivo frente a la imposibilidad de la analista de explicar y de explicarse, la extraña enfermedad que llevó a E. a la muerte.

Posiblemente la presentación de este caso le sirva a la analista como camino de la cura del dolor psíquico que le provocó la muerte de esta paciente, cuyos ojos le recordaban los de su madre.

